





©Texto: Ricardo Espín Bueno 2007
©Ilustraciones: Abraham Pérez Pérez 2010

Primera edición: Mayo 2010

Diseño de la colección: A. Peralta

©Ediciones Nalvay 2010
www.edicionesnalvay.es

ISBN: 978-84-937518-2-1
Depósito legal:

Printed in Spain. Impreso en España por:

Calidad Gráfica
Plataforma Logística Plaza
C/Bari, 15
50197 Zaragoza

Ricardo Espín
Bueno

Melodía en Alabama

Finalista del VI Premio de novela corta Dulce
Chacón 2008 con el título *La caja de música*

A mi padre

Es mejor arriesgarse a liberar a un culpable,
que condenar a un inocente.

Voltaire

1

Llevaba algún tiempo buscando una buena historia para mi novela. Los últimos acontecimientos en mi vida me habían alejado de la inspiración. Era la primera vez que me ocurría. Y no era para menos. Mi esposa me había abandonado, argumentando que me dedicaba demasiado a mis escritos y que a ella la tenía desatendida. A mis dos hijos casi no los veía y mi padre hacía poco que había dejado el mundo de los vivos. Mis escarceos con la coca y el alcohol tampoco me eran de gran ayuda. No era capaz de escribir un folio que valiese la pena.

Decidí tomarme un año sabático y me retiré una temporada del panorama literario. Pasé unos meses en una casa de reposo y viajé por España, pero nada me servía para recobrar la perdida inspiración.

Tenía que plantearme la situación. Hacía mucho que no conectaba el ordenador. Había pasado más de un año desde que se publicó mi última novela y Carlos, mi agente literario, insistía en que le entregara algún escrito publicable. Pero yo seguía sin encontrar una historia atrayente. Mis anteriores trabajos continuaban aportándome algo de dinero, por lo que la necesidad no me apremiaba, así que decidí tomármelo con calma. Deseaba contar algo que apasionase a los lectores, que sintieran lo mismo que yo al escribirlo, que palpitasen con mis personajes de ficción. Y por supuesto, que la historia me reportase suculentos beneficios.

Hacía tiempo que había convertido mi afición por la escritura en una profesión. Las últimas novelas las había escrito casi por

encargo, sin entusiasmo, dejándome llevar por las tendencias. Era el momento de cambiar.

La pasión por la escritura empezó cuando yo era adolescente. Mis progenitores influyeron mucho en que esto fuese así y, a su manera, me educaron en inglés y castellano a partes iguales. Mi padre era un joven bohemio que abandonó el domicilio familiar después de cumplir el servicio militar. Se trasladó a Ibiza recién inaugurada la década de los sesenta. Allí conoció a la mujer que llenaría su vida; una americana demasiado liberal para la sociedad española de la época. Su idílica relación duró una década y yo fui el producto de ese amor. Se convirtieron en pregoneros de la paz en el mundo y su lema era «haz el amor y no la guerra». Rechazaban el imperialismo yanqui, el Vaticano, los dictadores, las armas y todo lo que coartara la libertad. Consumidores de LSD y apasionados de la música, hicieron que mis canciones de cuna fueran temas de Joan Baez, Jimi Hendrix y Janis Joplin. Con semejante cóctel no podía acabar siendo otra cosa que escritor.

Mi madre murió de una sobredosis y mi padre se replanteó su vida. Nos trasladamos a vivir a Alicante. Él, con bastante esfuerzo, dejó las drogas. Ingresó voluntariamente en un centro de desintoxicación y al poco tiempo se transformó en otro hombre. Durante su estancia allí, yo viví con mis abuelos paternos. No veía el momento de estar de nuevo con él. Por fin, después de una temporada, todo volvió a ser como yo lo recordaba, excepto por la falta de mi madre.

Mi padre encontró trabajo de camarero y más tarde se convirtió en propietario de un bar de ambiente. Yo cursé mis estudios de magisterio en Alicante hasta que aprobé unas oposiciones a funcionario del Estado. Conocí a la mujer de mi vida y después de un corto noviazgo nos casamos. Mi padre siempre se opuso a mi matrimonio. Todavía quedaba en él algo de su pasada rebeldía y era del criterio de que en asuntos del corazón no debía existir ningún contrato. Fue entonces cuando me independicé y quise llevar más

lejos mi afición por la escritura. Mi primera novela me reportó suficientes beneficios como para pedir una excedencia y años más tarde me dediqué de lleno a escribir. Debido a mis compromisos vivía a caballo entre Madrid y Alicante. Todo transcurría felizmente hasta que un día me encontré los armarios vacíos y una nota pegada en el espejo de mi dormitorio. Tuve que enfrentarme a la realidad de que mi mujer me había abandonado. No era el tema de una de mis novelas, era la realidad y yo no podía cambiarla. Con mis dos hijos tampoco podía contar. Hacía tiempo que vivían su vida y nuestros encuentros se limitaban a alguna comida o celebración familiar.

Después de mi año sabático decidí poner tierra de por medio. Muerto mi padre, vendí el garito de copas y un pequeño apartamento que teníamos en Torrevieja. No se me ocurrió otro sitio mejor para buscar mi inspiración que Estados Unidos. Al fin y al cabo mi madre era americana y yo no conocía su pueblo natal. En realidad no conocía a mi familia americana. Mi padre me contó alguna vez que ellos nunca aceptaron su manera de vivir, ni su anti-americanismo. Su rechazo lo manifestaron al no dignarse a hacer una simple llamada de condolencia. Pasé mi adolescencia y parte de mi juventud escuchando decir a mi padre que Estados Unidos era el origen de todos los males del mundo. Aún así, pensé que allí encontraría mi inspiración.

Antes de iniciar mi viaje, ya lo tenía todo dispuesto. Había pagado por adelantado un semestre de alquiler por una casita en el condado de Jefferson, Alabama, de donde era originaria mi madre. Anteriormente, ya había viajado en un par de ocasiones a América: una como turista y la otra por cuestiones de trabajo. La última vez permanecí cuatro largos meses acompañado de la que entonces era mi esposa. Aunque nuestra residencia estaba en Jackson, Mississippi, durante nuestra estancia recorrimos algunos estados, pero se daba el caso de que Alabama no figuraba en nuestro circuito y tenía curiosidad por conocer el lugar donde mi madre había pasado los primeros años de su vida.

Con algo de tristeza, dejé España. Pero cuando llevaba un par de horas de vuelo, sentí que todo cambiaría en América. «No en vano es la tierra de las oportunidades», me dije.

En el aeropuerto internacional de Birmingham me estaba esperando un hombre de aspecto peculiar. Sostenía en sus manos un cartel con mi nombre y mi primer apellido. Pero lo que más me llamó la atención era su manera de vestir. Llevaba puesta una camisa de color amarillo chillón, unos pantalones de cuadros y unos zapatos blancos. Me acerque a él y le ofrecí mi mano.

—¿Víctor Rey? —preguntó.

Yo asentí.

—Tanto gusto. Soy Deroy Hart, de la agencia —se presentó mientras me daba un fuerte apretón de manos.

—Perdone mi aspecto —se disculpó—. Me dirigía al campo de golf cuando recordé su llegada.

El recibimiento me pareció esperpéntico. Para ser sincero, esperaba otra cosa.

Después de pasar por interminables controles recogimos mi equipaje y le seguí hasta la salida del aeropuerto. Deroy Hart era el empleado de la agencia con la que había tramitado el alquiler y el encargado de mostrarme lo que sería mi domicilio en los próximos seis meses. Hart además me proporcionó un vehículo para realizar mis desplazamientos. Era el coche con el que me había venido a buscar al aeropuerto; una verdadera antigualla, un Cadillac de color blanco.

Una vez que el viejo automóvil, después de varios intentos, se pusiera en marcha, nos dirigimos a su oficina para recoger las llaves de la casa y firmar el contrato de arrendamiento. Hart no hacía más que elogiar la casa e insistía en que era el lugar idóneo para inspirarme. Por él me enteré de que el propietario era un tal Richard Arttoney, antiguo sheriff que actualmente se dedicaba a la política, y que era el candidato con más posibilidades de ser el siguiente gobernador.

Una vez en su oficina, Hart me sorprendió cuando sacó de un cajón de su mesa un ejemplar de uno de mis libros para que se lo firmara. Se trataba de *La otra orilla del Mississippi*, una novela ambientada en el Estado de Mississippi y que trataba sobre la discriminación racial. Era mi primera novela traducida al inglés y el motivo por el que residí cuatro meses en Estados Unidos. Mi agente aprovechó la circunstancia de que mi madre era americana y que mi segundo apellido era Pelham para introducirme en el mercado estadounidense y así ampliar sus suculentos beneficios. De pronto, recordé que ése era el motivo por el cual yo había elegido ese lugar: por mi apellido. Hart desconocía el dato de que mi madre era del condado de Jefferson y yo no vi oportuno revelárselo. Creo que sospechó algo cuando intenté averiguar si en la zona existían otros Pelham. Me informó de que en la ciudad había una ferretería que pertenecía a una familia con ese apellido. Pensé que podrían ser parientes míos, aunque no me planteé visitarles ni interesarme en si formaban parte de mi árbol genealógico. Ellos, suponiendo que lo fueran, tampoco se habían interesado por mi madre. O sea, que estábamos en paz.

Por fin, después de un corto desplazamiento que a mí me pareció eterno, pude divisar la que iba a ser mi residencia. Dejamos la carretera principal y tomamos un camino de tierra. Recorrimos unos cien metros y entramos en la propiedad de Richard Arttoney. La verdad es que la casa me pareció más grande que en las fotos que me había mandado la agencia por correo electrónico. Era una edificación antigua de madera de un deslucido color blanco, en la que resaltaba el tono granate de las ventanas y el tejado. Una deteriorada valla marcaba los límites de la propiedad y, en su interior, un manto de césped bastante descuidado y unos cuantos árboles desperdigados rodeaban la casa.

—¿Qué le parece? —me preguntó Hart al bajarnos del coche.

Yo me encogí de hombros.

—Bueno, el exterior no es gran cosa. Pero cuando la vea por dentro, cambiara de opinión.

Admito que la primera impresión me decepcionó, aunque el interior se encontraba en perfectas condiciones. La parte delantera estaba protegida por un porche con un par de mecedoras y una hamaca suspendida del techo al más puro estilo sureño.

La propiedad más cercana, según me indicó Hart, era la de los Toole, a unos quinientos metros de distancia, y el pueblo más próximo era Sylaville; allí era donde se encontraba la Oficina del Sheriff. Después de mostrarme todas y cada una de las habitaciones y darme las instrucciones sobre dónde estaba cada cosa, Hart apareció con un par de cervezas para bebérselas en el porche. Me llamó la atención una pequeña casa que destacaba en medio del césped, a unos pocos metros de la edificación principal. Me pareció sacada de un cuento de hadas. Era un auténtico palacio con sus torres y sus almenas, todo de pequeñas dimensiones. Como no podía ser de otro modo, Hart procedió con sus explicaciones.

—Es una casita de juegos. Obviamente para niños... Perteneció a Mary Elizabeth, la hija de los Arttoney. Hace tiempo que no se utiliza. Los anteriores inquilinos no tenían hijos. En realidad, yo ya la habría derribado.

—¿Por qué? A mí me parece preciosa.

—Bueno, si quiere le puedo indicar lo que puede visitar por los alrededores —cambió descaradamente de tema.

Percibí algo extraño en él cuando mencionó a Mary Elizabeth, pero no quise saber nada más. En realidad, estaba deseando quedarme a solas y recorrer todos los rincones sin pedantes explicaciones. Cuando Hart acabó su cerveza, me dejó para que me fuera habituando a mi nuevo hogar. Un empleado de la agencia llegó unos minutos más tarde para recogerlo y trasladarlo a la ciudad.

Una vez solo, recorrí de nuevo mi morada para elegir mi dormitorio y el lugar donde iba a trabajar. Me decidí por una de las tres habitaciones del piso superior para mis noches. Me gustó la



más cercana a la escalera porque su ventana daba a la parte delantera. Desde allí podía divisar casi toda la propiedad, la casita de juegos, la carretera, y a lo lejos, la casa de los Toole. Como espacio de trabajo elegí uno de los dos salones de la planta baja. Me pareció la parte más acogedora de la casa; dos sillones y un sofá rodeaban una chimenea que parecía no haber sido utilizada en años; una pequeña mesita, cuatro sillas y unas estanterías vacías formaban el resto del mobiliario. Coloqué mi ordenador portátil en la mesita junto a la ventana donde pensaba pasar largas horas de trabajo. Comprobé la cortesía de Hart al abrir la nevera: estaba repleta de alimentos y de cerveza. Descubrí que en la cocina había otra puerta que daba a la parte trasera. Intenté abrirla, pero estaba cerrada a cal y canto, y por más que busqué, no encontré la llave. Más tarde me dediqué a organizar mi equipaje y realicé algunas llamadas telefónicas a mis hijos, a mi agente y a un par de amigos, a los que obligué a madrugar debido a la diferencia horaria.

Para saciar mi curiosidad fui a ver la casita de juegos. Verdaderamente parecía un palacio de pequeñas proporciones, digno de una princesa, aunque se encontraba en un estado lamentable. A una torre le faltaba el tejado y ninguna de las pequeñas ventanas estaba entera. Comprobé que un adulto tendría dificultades para entrar por la diminuta puerta. Desde el exterior, eché un vistazo. El interior se encontraba vacío y no había nada que captase mi atención, excepto las paredes, que estaban bastante deterioradas. Se apreciaban distintas capas de pintura entre los desconchones. Frente a la entrada, se dejaba ver parte de un círculo de color rojo, que supuse que formaba parte de la decoración original.

Imaginé a Mary Elizabeth jugando con otros niños. «En realidad, en otro tiempo tuvo que ser una casita preciosa», me dije.

ÍNDICE

<i>Capítulo</i>	<i>Página</i>
<i>1</i>	<i>11</i>
<i>2</i>	<i>19</i>
<i>3</i>	<i>28</i>
<i>4</i>	<i>36</i>
<i>5</i>	<i>47</i>
<i>6</i>	<i>60</i>
<i>7</i>	<i>74</i>
<i>8</i>	<i>86</i>
<i>9</i>	<i>98</i>
<i>10</i>	<i>108</i>
<i>11</i>	<i>119</i>
<i>12</i>	<i>127</i>
<i>Epílogo</i>	<i>136</i>

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

<i>Capítulo</i>	<i>Página</i>
<i>1</i>	<i>17</i>
<i>4</i>	<i>37</i>
<i>5</i>	<i>49</i>
<i>6</i>	<i>63</i>
<i>8</i>	<i>93</i>
<i>9</i>	<i>105</i>
<i>10</i>	<i>113</i>
<i>12</i>	<i>129</i>
<i>Epílogo</i>	<i>141</i>

